



Isla de Chiloe, Chile, 1957

Sergio Larrain : Vagabundeos

Centro José Guerrero
Calle Oficios, 8. 18001 Granada
T +34 958 220 119
www.centroguerrero.org

Horario
Martes a sábado y festivos: de 10:30 a 14:00 y de 16:30 a 21:00 h
Domingos: de 10:30 a 14:00 h
Lunes no festivos: cerrado

Del 21 de enero al 27 de marzo de 2016

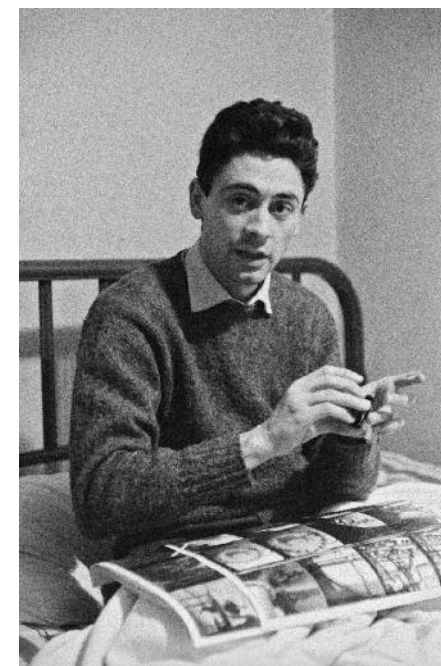
Este proyecto, realizado en colaboración con Magnum Photos y la Fundación Henri Cartier-Bresson, cuenta con el apoyo de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile a través de DIRAC



Bar Los Siete Espejos, Valparaíso, Chile, 1963

Sergio Larrain (Santiago de Chile, 1931-Tulahuén, 2012) creció en una familia muy sensible a las artes y la cultura. Su padre, uno de los arquitectos más destacados de América del Sur, era amigo de pintores como Josef Albers y Roberto Matta. El futuro fotógrafo compró la primera cámara durante sus estudios de Ciencias Forestales y Ambientales en las universidades de Berkeley en California y de Michigan en Ann Arbor (1949-1951). Pero fue a raíz de un viaje a Europa en familia cuando descubrió su pasión por la fotografía.

Se convirtió en reportero gráfico *freelance* y empezó a trabajar para la revista brasileña *O Cruzeiro* (1956-1957). Expuso en 1958 en el Museo de Bellas Artes de Santiago y regresó a Europa becado por el Consejo Británico, lo que le permitió residir en la capital del Reino Unido entre 1958 y 1959. Muchas de las tomas que hizo entonces se recogieron en su libro *Londres*. Por invitación de Henri Cartier-Bresson ingresó en la cooperativa Magnum Photos, se instaló en París y comenzó a viajar y a realizar reportajes para la agencia.



En noviembre de 1960 contrajo matrimonio con Francisca Truel y al año siguiente nació su hija Gregoria. Regresó a Chile con el propósito de ahondar en la temática que más le interesaba: la gente y el entorno de Valparaíso, que ya había fotografiado en numerosas ocasiones pero que ahora se convirtió en objeto de toda su atención. Se implicó en un gran proyecto cuyas imágenes se publicaron en la revista suiza *Du* acompañadas por un texto de Pablo Neruda. El libro, *Valparaíso*, lo editó mucho después Hazan, ya en 1991. En 1963 publicó en Chile *El rectángulo en la mano*. También fotografió la casa de Neruda en Isla Negra, al borde del océano Pacífico, y a partir de aquellas imágenes produjo *Una casa en la arena*.

En 1965, movido por la meditación trascendental y las filosofías orientales, se alejó de Magnum Photos, y en 1969 se instaló en Arica, al norte de Chile, para seguir durante tres años las enseñanzas del maestro espiritual boliviano Oscar Ichazo. Los años que siguieron decidió aislarse y dedicar la mayor parte de su tiempo a la pintura, la meditación y el yoga.

El IVAM le dedicó una gran exposición en 1999, tras la cual Larrain rogó que se le mantuviera al margen de toda reflexión sobre su obra. Al cabo del tiempo, sin embargo, envió todas sus planchas de contacto y últimos negativos a la que había sido su agencia para su custodia definitiva, y permitió la realización de esta exposición.

Sergio Larrain, 1959



Sergio Larrain : Vagabundeos

Centro José Guerrero
21/1 — 27/3/2016

La buena fotografía nace de un estado de gracia
Sergio Larrain

La del vagabundeo es quizá la poética con la que el arte entró en la modernidad. Baudelaire y Benjamin valoraron en ella la observación atenta y cabal de la ciudad, la confluencia de los ritmos urbanos y el cuerpo del paseante (la mirada alerta, la escucha). También Sergio Larrain elogió (y eligió) esa actitud. Fue fotógrafo por el placer del vagabundeo, por el deseo profundo de estar en el mundo y por la pureza del gesto. Y sin embargo, Larrain pasó la mayor parte de su vida retirado, practicando yoga y meditación, escribiendo y dibujando. Entre esos dos extremos brilla la estela de su paso por el mundo, intensa como la de una estrella fugaz.

Estas notas, basadas en los textos de Agnès Sire y José Muñoz, la presentan por primera vez en Andalucía, en una exposición que recorre la obra de Larrain de manera casi cronológica, desde los niños abandonados de Santiago de Chile en 1952 hasta los *satori* y los dibujos que lo mantuvieron ocupado durante cerca de treinta años.

.....

Hijo de una familia de la alta burguesía chilena, Sergio Larrain huyó temprano del ambiente mundano de la casa de su padre, conocido arquitecto y coleccionista de arte. A pesar de las difíciles relaciones que mantuvo con él, llegó a reconocer que gracias a la biblioteca familiar pudo educar su sentido de la observación.

Los niños abandonados de Santiago constituyeron el tema de su primer trabajo significativo. Eran tanto un reflejo de su propia personalidad como la expresión de su deseo de una sociedad mejor, una manera de afirmar su diferencia; Larrain se afanaba porque sus padres lo tomaran en serio, pero simultáneamente quería romper con su medio social. Obtuvo una beca del British Council para trabajar en Londres siguiendo los pasos de Bill Brandt, al que tanto admiraba. El invierno frío y brumoso de la vieja capital del imperio produjo en el fotógrafo chileno una sensación de desolación que acentuó aún más su visión acerca del omnipresente poder del dinero.

Durante aquel viaje a Europa logró cumplir un sueño largamente acariciado: Larrain llegó a París con una carta de recomendación de René Burri para entrevistarse con Henri Cartier-Bresson. La había conseguido gracias al azar (que también tiene sus reglas, como explicaron los surrealistas con «lo mágico circunstancial»): durante una tarde de trabajo en Ipanema, Burri notó que el joven Larrain lo observaba; se dirigió a él y este le habló de su deseo de conocer al fotógrafo francés. Cartier-Bresson lo recibió en 1959; a partir de entonces entró a formar parte de la agencia Magnum Photos e iniciaron una fructífera amistad.

Su obra fotográfica y su atenta actitud como *flâneur* lo llevaron a trabajar en importantes proyectos por todo el mundo. Además de Londres, recorrió París, diversos



Trafalgar Square, Londres, 1958-1959

puntos de Italia, Bolivia, Perú y Argentina, Isla Negra, Santiago de Chile y Valparaíso. Realizó reportajes como el del Festival de Cine de Venecia, o sobre la violencia en la *casbah* de Argelia. Pero el que lo consagró definitivamente dentro de Magnum Photos fue un trabajo sobre la mafia siciliana que incluía los únicos retratos tomados hasta entonces del capo Giuseppe Genco Russo. Aquel encargo, que tardó tres meses en terminar, sirvió para mostrar el talento, el trabajo y la paciencia del joven Larrain, además de la confianza que sabía transmitir incluso a un personaje tan esquivo y protegido como este, su enorme capacidad de comunicación y su cercanía a las personas fotografiadas.

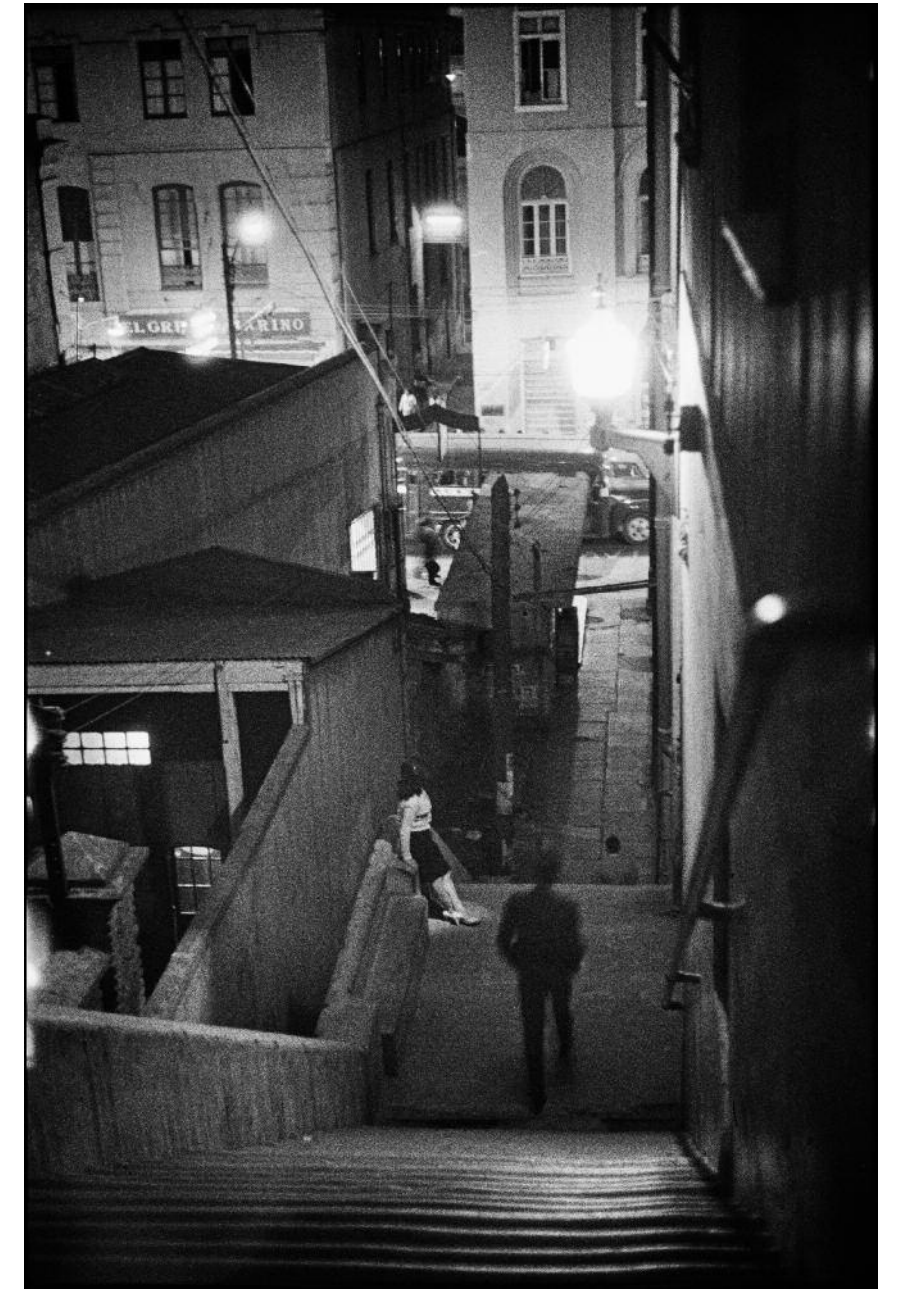
Tras unos años dedicados a viajar continuamente para realizar reportajes por encargo de la agencia, decidió regresar a Chile y quedarse definitivamente allí, echar raíces en una tierra acogedora para transmitir lo que había aprendido, escribir y alertar a la humanidad sobre su propia destrucción y la destrucción del planeta. Valparaíso, lugar que ya había fotografiado en repetidas ocasiones, sería el centro de su atención fotográfica.

.....

Los términos que emplea Larrain para describir el estado de gracia en el que por fuerza hay que encontrarse para *recibir* una buena imagen son propios de una forma de misticismo que sugiere que las imágenes existen en el cosmos y el fotógrafo solo actúa como un médium. Se confunde con los niños de las calles que deambulan como ángeles salidos de la nada, pero también forma cuerpo con la piedra. Su mirada magnética recorta fragmentos de realidad sin temerle al fuera de campo, a las diagonales atrevidas, a la falta de nitidez, el pleno sol o la penumbra. Sus imágenes están abiertas, y los personajes que las habitan suelen salir del cuadro como si fueran inaprensibles y se resistieran a dejarse encerrar, así como el propio Larrain.

Su forma de trabajar se fundamentó en la economía de recursos. Larrain subrayó dos cuestiones principales en una carta a su sobrino sobre el arte fotográfico: la simplicidad de la cámara fotográfica («El instrumento es clave para el que hace un oficio. Y que sea el mínimo, lo indispensable y nada más») y la actitud ante la vida («nunca fuerces la salida a tomar fotos [...]. Es como forzar el amor o la amistad, no se puede»). Al igual que otros maestros de la fotografía como Paul Strand, o de la poesía como Rainer María Rilke, habló a las nuevas generaciones sobre el acto creativo, la mirada interior, y la simbiosis de la vida y el trabajo, que a veces la banalidad nos hace olvidar. En este medio se entremezclan constantemente la cultura (el canon estético, en su aspecto positivo como vehículo de transmisión de un saber y unos valores, y en su aspecto negativo, como estructura inmovilista y conservadora) y el individuo (donde entra en escena lo autobiográfico). La dialéctica que trazan ambos polos hace evolucionar el lenguaje y nuestra propia comprensión de este.

Sergio Larrain era consciente de que la fotografía es comunicación, y de que para su desarrollo precisamos del conocimiento del medio y la adaptación de la *inteligencia fotográfica* a criterios que posibiliten la organización de ese discurso, no necesariamente por las vías de la evidencia fotográfica, pero sí por medio de la poética visual.



Valparaíso, Chile, 1963